

usted lo que pueda en tropas de todas las armas y sosténgase usted allí, mientras que yo me cuido del 12.º cuerpo.» Wimpffen solo veía en todo el campo de batalla el punto por donde pensaba abrirse paso hacia Carignan, y donde intentaba arrojar á los bávaros al río.

Lo que sucedió aquel día importante y decisivo, ocurrió en el Oeste y Este, es decir, justamente en la parte á la cual el nuevo general en jefe daba la espalda, porque ignoraba la topografía del campo de batalla y ni siquiera sospechaba la intencion del enemigo.

El cañoneo cuyo terrible efecto acababa de observar el general Ducrot, procedía de las baterías del 11.º y 5.º cuerpos de ejército, que despues de pasar por el difícil estrecho de la carretera junto al bosque de La Falizette, sin aguardar á la infantería y caballería, se habian desplegado en línea prolongada, teniendo las masas de caballería enemiga delante y la frontera belga detrás. Allí, pues, no fué sacrificada la infantería alemana, como en la toma de Saint-Privat, sino que hicieron el trabajo las baterías, cuyo efecto mortífero obligó al cuerpo de Douay á evacuar á la desbandada el Monte Calvario delante de Illy; de suerte que bastaron despues un par de compañías para tomar esta altura sin combate y quedar así en posesion de la llave de la posicion francesa. De solo el cuerpo de Douay volaron en el curso de la batalla 40 cajas de municiones, con lo cual se tendrá una idea del acierto de la puntería de los artilleros prusianos. De igual manera se llevó á cabo el ataque sobre el bosque de Garenne, ataque decidido tambien desde luego por la artillería de la guardia, mandada por el príncipe Kraft de Hohenlohe-Ingelfingen, el cual refiere en sus *Cartas militares* (1) lo siguiente: «Una batería enemiga tirada por caballos blancos corrió desde el Fond-de-Givonne hacia Givonne con intencion de tomar posicion entre esta aldea y el bosque de Garenne. Tan pronto como se dejó ver en la altura, las tres baterías de la primera division de infantería de la guardia dirigieron el fuego contra ella. La batería francesa quedó hecha astillas al instante, antes de poder disparar un solo tiro. Lo mismo sucedió á una segunda y tercera batería.» En un folleto francés publicado inmediatamente despues de la campaña se lee: «El emperador mismo trató de colocar las tres baterías al salir del Fond-de-Givonne. Las tres fueron deshechas sin poder disparar un tiro.»

Despues de la caída de Illy la toma del bosque de Garenne completó la derrota de los franceses, y para hacer este trabajo mejor, señaló el comandante de la artillería de la guardia á cada batería su parte del bosque, con órden de dirigir los primeros disparos al borde y los siguientes sucesivamente mas adentro. De esta manera fué sembrado todo el bosque sistemáticamente de granadas hasta la profundidad de 500 pasos y lo que se dejó ver fuera del bosque fué al instante blanco de todas las piezas prusianas y quedó completamente aniquilado. De esta manera tiraron las baterías prusianas como quien hace ejercicios al blanco, sin tener la menor pérdida. Por fin pareció haber llegado el momento del ataque de la infantería, momento señalado con una salva general de todas las piezas. A las dos y media se disparó la salva y la infantería subió á la montaña. «Con atencion febril dirigimos nuestras miradas al bosque para ver si en su borde perecerian tantas víctimas como en la toma del de Saint-Privat; pero la resistencia resultó casi nula. En la mayor parte del borde salieron los franceses completamente desazonados al encuentro de nuestras tropas, exclamando:

(1) Segunda edicion, Berlin, 1887. Se citan las mismas cartas en la obra: *Alfredo Krupp y el desenvolvimiento de la fábrica de acero fundido en Essen*, por Dietrich Baedeker, Essen, 1889.

«¡Piedad, piedad, no podemos mas; estamos confundidos por el fuego de vuestra artillería!»

Al mismo tiempo que era destrizada de esta manera el ala derecha de los franceses, su heroica caballería de reserva (formada por las divisiones de Margueritte y Bonnemain) hizo los últimos esfuerzos desesperados para preservar al ala izquierda de la misma suerte. Tres y hasta cuatro veces se arrojaron con ímpetu sobre la infantería prusiana de la brigada 43, cerca de Floing y Cazal, las espesas masas de la caballería francesa, compuesta de lanceros, coraceros, cazadores y húsares, atravesando las líneas de los cazadores alemanes, que delante de ellas se replegaban para dejarlas pasar; pero cuando hubieron rebasado estas líneas, entraron en el rápido y destructor fuego graneado de las compañías prusianas que estaban delante á la derecha y á la izquierda, y que sin formar cuadros les dejaron llegar hasta ciento ó ciento cincuenta pasos y les dispararon entonces sus mortíferas descargas. Despues de un instante, viendo la mitad de sus oficiales é individuos revolcándose en el polvo, destrozados y mezclados en confusos montones con sus caballos, se retiraron al galope los restos de estos valientes escuadrones.

Todo el semicírculo exterior que domina el semicírculo interior y la ciudad de Sedan, se hallaba ocupado por 500 piezas de artillería alemanas, y en poder de la infantería las mas importantes posiciones dentro del semicírculo, cuando á las cuatro de la tarde el rey Guillermo, situado en la altura detrás de Frenois, en la orilla izquierda del Mosa, al Oeste de Donchery, donde estaba el príncipe heredero con su estado mayor, dió como general en jefe de todo el ejército la órden de reunir toda la artillería disponible en la orilla izquierda del Mosa y dirigir su fuego sobre la ciudad de Sedan, para conseguir así la rendicion mas pronto y ahorrar al ejército alemán nuevos sacrificios. A este fin se hicieron acercar tambien las baterías wurtemberguesas de Donchery y fueron colocadas á ambos lados de la gran carretera al Este de Frenois. A los primeros tiros se levantaron las llamas en varios puntos de la ciudad. Las primeras compañías del quinto regimiento de cazadores bávaros se acercaron á la puerta occidental de la fortaleza, donde encontraron poca resistencia, y cuando iban á pasar por encima de las empalizadas apareció ondeando en la ciudad la bandera blanca y cesó al mismo tiempo el fuego de los franceses. Este ejemplo fué imitado por los alemanes sucesivamente en todos los puntos.

A las seis quedó concluida la lucha, habiendo sido el mismo emperador Napoleon el que personalmente habia izado la bandera blanca, despues que los generales Ducrot, Lebrun y Douay le habian dicho que toda resistencia era inútil; que las tropas, que hacia doce horas se encontraban en fuego sin tener descanso ni alimento, se hallaban completamente desanimadas; y que todas las que no habian podido entrar otra vez en la ciudad incendiada, se hallaban en grandes masas reunidas en los fosos y junto á las murallas de la plaza; en fin, que la situación era tal que necesitaba una solución rápida.

Lo que desde entonces ocurrió lo ha referido el mismo emperador en sus *Obras póstumas* (págs. 121-123). Segun dice, habia continuado desde la marcha de Chalons hasta aquel momento en la situación irregular del hombre que llevaba todavía el título de emperador y que no era ya ni jefe del Estado ni general; pero que al fin, viendo que por un infortunio inaudito parecían condenados 80,000 hombres á morir sin poder combatir, se acordó de que era soberano y responsable de las vidas de tantas personas y que no debía dejar acuchillar á unos valientes que en adelante podrian servir y ser útiles á su patria. Envió, pues, un ayudante á la ciudadela para convencerse del verdadero estado de la situación. Cos-

tó mucho trabajo al ayudante abrirse camino al través de las masas de soldados fugitivos, que llenaban todas las calles y la ciudadela. La relacion del ayudante confirmó las declaraciones de los generales, y entonces Napoleon envió al general Lebrun para que diese al general Wimpffen, que estaba todavía ocupadísimo con su plan de arrojar á los bávaros al Mosa, la órden de solicitar una tregua para tener tiempo de retirar los heridos y reflexionar lo que convenia hacer. Lebrun no regresaba; el número de las víctimas iba en aumento y al fin se decidió el emperador á izar por su propia mano la bandera de parlamento para poner término á la efusion de sangre.

En el citado escrito dice el emperador: «Al tomar esta decision comprendió Napoleon III todo el peso de la responsabilidad que contraía, y oyó en su mente todas las acusaciones de que seria objeto. La situación se le presentó en toda su gravedad, y el recuerdo de un pasado glorioso aumentó el dolor con el contraste de la actualidad. ¿Cómo habia de permitirse que el ejército de Sebastopol y Solferino fuese obligado á deponer las armas? ¿Cómo hacer comprender que las tropas, reunidas en estrecho sitio como estaban, no podian recobrar el órden necesario para volver á combatir, aumentando por lo contrario la confusion cuanto mayor era su número? ¡Era, pues, necesario que el esplendor de la gloria que hasta entonces habia rodeado con razon al ejército francés se extinguiera en un solo día y que el emperador, en vista de un infortunio sin igual, quedara á los ojos de todo el mundo, él solo, aunque ajeno á las resoluciones tomadas, como responsable de todas las desgracias que venian en pos de la guerra! Para que nada faltara en este momento terrible, y para llenar la copa de la amargura, el general Wimpffen envió al emperador su solicitud de dimision; por manera que quedaba el ejército desmoralizado, sin cabeza ni direccion, cuando justamente era menester la mayor energía para restablecer siquiera un poco de órden, á fin de poder tratar con el enemigo con algo mas de esperanza de éxito. No le fué admitida la dimision, y Wimpffen comprendió que despues de haber mandado en la batalla tenia tambien el deber de no desertar de su puesto en momentos tan críticos.»

Mientras se izaba la bandera blanca se presentó un oficial prusiano, el teniente coronel Bronsard de Schellendorf, solicitando que se le condujera al cuartel general. De él se supo que el rey Guillermo se hallaba delante de las puertas de la ciudad, por cuya razon creyó el emperador que lo mejor para él seria dirigirse desde luego á la cabeza de la confederacion alemana del Norte, y respecto de esto dice en su escrito: «Se habia repetido con tanta frecuencia en los periódicos que el rey de Prusia no hacia la guerra á la Francia sino únicamente al emperador, que éste se figuró que desapareciendo de la escena y entregándose en manos del vencedor, alcanzaria condiciones mas ventajosas para el ejército y que al mismo tiempo facilitaria á la regente la posibilidad de hacer la paz en Paris.»

Ahora se sabe que aunque en los años 1814 y 1815 no se distinguió entre la Francia y el emperador, sí se hizo esta distincion en el año 1870.

Al pasar la frontera de Francia, el rey Guillermo habia dicho en su alocucion que combatia solo contra la Francia armada, solo contra los soldados, pero no contra ciudadanos pacíficos, lo cual era muy diferente de lo que Napoleon III se figuró. En esta ilusion, no obstante, escribió al rey Guillermo el siguiente billete:

«Mi señor hermano: No habiendo podido morir en medio de mis tropas, solo me queda entregar mi espada en manos de V. M.

»Soy de V. M. su buen hermano: *Napoleon*.

»Sedan, 1.º de setiembre de 1870.»

El general Reille llevó este billete al rey Guillermo, que estaba en la altura de Frenois, y llevó tambien su contestacion á Sedan; y cuando regresó de Sedan ya se habia comunicado el contenido de esta correspondencia entre las tropas alemanas, que recibieron á Reille en todas partes con interminables hurras, expresion decisiva del deseo general de la paz, que todo el mundo creyó mas inmediata de lo que fué en realidad. La espada que Napoleon habia entregado, era la espada de un emperador destronado; pero no la espada de la Francia.

CAPITULO VI

LA RENDICION; DONCHERY Y FRENOIS

El acto personal de izar la bandera blanca fué el último que Napoleon III verificó como soberano. En la carta que escribió al rey Guillermo ya no habló como jefe de Estado ni como jefe de ejército, y por esto no mencionó ni fortaleza ni ejército, ni armisticio, ni paz; solo anunció su renuncia personal á la continuacion de una lucha irremisiblemente perdida, sin añadir la menor indicacion sobre si esta renuncia se referia tambien á otros y hasta qué extremo. La segunda intencion que estaba en el fondo de esta carta quedaba, pues, manifiesta, y el rey Guillermo estaba muy lejos de esperar una carta redactada en tales términos.

Cuando á la caída de la tarde del 1.º de setiembre el general Reille, á las seis y media, llevó la carta del emperador, encontró al rey en la altura de Frenois con el príncipe heredero, á quien habia hecho llamar desde Donchery, en medio de un semicírculo formado por Bismarck, Moltke, Roon y los príncipes presentes. A pocos pasos del rey se apeó el oficial y dirigiéndose al rey le entregó la carta del emperador. Todos se retiraron á respetuosa distancia del soberano, que abrió la carta y la leyó en medio del mayor silencio, llegando únicamente á la altura el confuso ruido que en el valle producian las voces de los millares de guerreros. Despues de leer la carta la entregó el rey á Bismarck, que la leyó al príncipe heredero y á los generales Moltke y Roon, hecho lo cual le mandó el rey que redactara la contestacion. Bismarck la dictó al conde Hatzfeld y despues la escribió el mismo rey Guillermo de pié derecho, sirviendo de mesa dos sillas colocadas una sobre otra. El príncipe heredero facilitó el papel con el membrete real, y el gran duque de Weimar proporcionó la pluma y el tintero. Esta carta, escrita en lengua francesa, decia:

«Mi señor hermano: Sintiendo las circunstancias, acepto la espada de V. M. y le suplico que se sirva nombrar á uno de sus oficiales, provisto de poderes, para tratar de las condiciones de la rendicion del ejército, que con tanto valor ha combatido bajo las órdenes de V. M. Por mi parte he destinado para tratar de este asunto al general Moltke.

»El buen hermano de V. M.: *Guillermo*.

»Delante de Sedan, 1.º de setiembre de 1870.»

Cuando hubo partido Reille con la contestacion, se abrazaron el rey y su hijo. El último refiere sobre esto lo siguiente: «No pude menos de recordar el 3 de julio; júbilo inmenso de las tropas, que cantaban el *Te-Deum*; yo no pude reprimir las lágrimas.» Todos acudieron para festejar la mas decisiva de las victorias. El entusiasmo era indescriptible y se desahogó en abrazos, lágrimas de alegría y exclamaciones de júbilo. En los ojos del rey se leía la alegría que llenaba su corazón conmovido y tambien los cuidados serios que hacian contrapeso á esta alegría. A todas las felicitaciones y expresiones de esperanza, contestó solo con apretones de mano. Entre los muchos ébrios de alegría, parecia ser él el único

juicioso, y así dijo al conde de Bismarck: «Este suceso histórico me temo que no nos traerá todavía la paz (1).»

A la mesa del príncipe heredero asistió aquella noche en su cuartel general una numerosa sociedad, de la cual formó parte también el corresponsal del *Times*, William Russell, que escribió después sobre esto: «Jamás ví reunidos hombres más graves y más modestos. Apenas se oyó una observación triunfante, siendo en cambio muy respetuosa y conmovedora la manera con que aceptaron los comensales el brindis que pronunció el príncipe heredero, dedicado al rey, diciendo: «Señores, en general no se usan en esta mesa brindis; pero hoy quiero pronunciar uno dedicado á S. M. el rey y al ejército.» El brindis se bebió gastando champaña, que solo se usaba raras veces en esta mesa. Este champaña había sido destinado para el emperador por los oficiales de un regimiento de caballería que entonces había sido hecho prisionero (2).»

Aquella misma noche tuvo efecto la primera reunión de los plenipotenciarios en Donchery para hacer el convenio de la rendición del ejército francés. Por la parte de Alemania asistieron el general Moltke, el general Podbielsky, y también, por orden del rey, el canciller conde de Bismarck, el capitán de caballería Nostitz, como taquígrafo, y el estado mayor. En el camino de Donchery meditaron Bismarck y Moltke sobre el modo de expresar entre las condiciones de rendición que iban á fijarse luego, el respeto que á los alemanes merecía el valor con que el enemigo había combatido; y siguiendo adelante en sus reflexiones, convinieron en exigir la rendición de armas y de personas de todo el ejército en calidad de prisioneros de guerra, atendido que el pueblo francés, que durante cuatro años había pedido esta guerra para vengar una derrota que no había sufrido, jamás perdonaría la suya propia, ni ningún acto de generosidad con que se dulcificara. La entrevista se celebró á las diez de la noche en la casa que Bismarck había elegido por morada en Donchery, y de esta entrevista tenemos la relación literal de un capitán francés, D'Orcey, del cuarto regimiento de coraceros (3).

Hacia ya diez minutos que los franceses estaban reunidos cuando entraron en la estancia el general Moltke con Bismarck, en compañía del general Blumenthal y de algunos otros oficiales. Después de un ligero saludo preguntó Moltke al general Wimpffen si llevaba poderes, y siendo contestado afirmativamente, pidió verlos y examinarlos. Hecho esto, presentó Wimpffen á sus compañeros, los generales Castelnau y Faure. Preguntando Moltke en qué calidad habían ido estos dos generales, contestó Faure que había ido como jefe de estado mayor del mariscal Mac-Mahon para acompañar al general Wimpffen y que no tenía ningún otro encargo oficial; y el general Castelnau dijo que llevaba una comunicación verbal y semi-oficial del emperador, pero que esta comunicación solo produciría efecto al concluir la conversación, y aparte de esto no tenía encargo de tomar parte en la entrevista. Hecho esto nombró Moltke señalándoles con la mano al conde de Bismarck y al general Blumenthal y luego tomaron todos asiento alrededor de la mesa, que se hallaba en el centro del aposento y que estaba cubierta con un tapete encarnado. Moltke tomó sitio teniendo á un lado á Bismarck y al otro á Blumenthal; enfrente se sentó el general Wimpffen, detrás del cual estaban sentados en la sombra los generales Castelnau y Faure con otros oficiales franceses. También estaban presentes siete ú ocho oficiales prusianos, uno de los cuales era el conde de Nostitz, el cual, á una señal

(1) Véase el diario del emperador Federico en la obra de L. Schneider: *De la vida del emperador Guillermo*, tomo II, pág. 2.

(2) Véase el diario de la guerra publicado por Schlesinger, pág. 110.

(3) Esta relación se halla en la obra de Ducrot: *La journée de Sedan*, página 53. Véase también Wimpffen: *La batalla de Sedan*, página 275.

de Blumenthal, tomó asiento cerca de la chimenea para taquígrafiar la conversación. Entonces hubo una pausa; el general Wimpffen no quiso empezar, pero cuando vió que Moltke continuaba en su silencio glacial, se decidió á tomar la palabra diciendo: «Desearía conocer las condiciones que S. M. el rey de Prusia está dispuesto á concedernos.» A esto contestó Moltke: «Estas condiciones son muy sencillas: todo el ejército queda prisionero de guerra con armas y bagajes. Podrá concederse á los oficiales el derecho de conservar sus armas como muestra de respeto á su valor, pero quedan prisioneros de guerra como los soldados.» «Son muy duras estas condiciones, mi general, replicó Wimpffen, y me parece que por su valor merece el ejército francés mejor suerte. ¿No podrían concedérsele estas otras? Ustedes se quedarían con la fortaleza y su artillería, y se permitiría al ejército marcharse con armas, bagajes y banderas, con obligación de no servir más durante la guerra contra la Prusia, cuya obligación aceptarían por escrito el emperador y los generales en nombre del ejército y los oficiales cada uno por su persona. El ejército sería enviado á Argelia ó á otra parte de Francia señalada por la Prusia y allí permanecería hasta la proclamación de la paz.» El general Moltke contestó sin impresionarse que su exigencia era irrevocable é invariable. Entonces pronunció el general Wimpffen un gran discurso exponiendo su situación personal en extremo penosa, habiendo llegado cuarenta y ocho horas antes del África para mancillar su fama militar, honradamente ganada, con la firma de un convenio tan inaudito, sin que él hubiera dispuesto ni comenzado la batalla de cuyo resultado se trataba, y no obstante le tocaba á la sazón pagar lo que otros habían hecho y dejado de hacer. Cuando Wimpffen conoció que el general Moltke no se dejaba conmovér por todas estas consideraciones, exclamó en tono casi amenazador: «Si usted no me concede condiciones más aceptables, apelaré á mi ejército y á su pundonor y conseguiré abrirme paso ó defenderme en Sedan.»

El general Moltke le interrumpió diciendo: «Respeto mucho á usted, comprendo su situación y siento no poder hacer nada de lo que usted pide; mas tan imposible es para usted abrirse paso á la fuerza como sostenerse en Sedan. Es cierto que las tropas de usted son en realidad excelentes: su infantería escogida es superior, su caballería es arrojada é impetuosa, su artillería es admirable y nos ha causado mucho daño; pero una gran parte de su infantería está desorganizada y confusa, pues hoy hemos hecho prisioneros más de 21,000 hombres ilesos. En este momento le quedan á usted solo 80,000 hombres, y en semejantes condiciones no puede usted abrirse paso, porque yo le tengo ahora cercado con 240,000 hombres y 500 bocas de fuego, de las cuales 300 se hallan ya en posición para abrir el fuego sobre Sedan y las otras 200 estarán en disposición mañana al amanecer. Si usted quiere convencerse de esto puedo hacer acompañar á uno de sus oficiales á las diferentes posiciones que ocupan nuestras tropas y podrá confirmar la exactitud de lo que digo. Mas imposible le es á usted defenderse en Sedan, pues que no tiene usted víveres para cuarenta y ocho horas y carece absolutamente de municiones de guerra.»

Al oír esto probó Wimpffen á sacar mejor partido aconsejando á su adversario que contara con la gratitud y generosidad de Francia á fin de dar á la paz garantías de duración, diciendo: «Ustedes harán la paz é indudablemente desean hacerla pronto; la nación francesa mas que ninguna otra es magnánima y caballeresca, y de consiguiente es sensible á la generosidad que se le muestre y á la benevolencia con que se la trate. Si usted nos concede condiciones que halaguen al amor propio del ejército, se sentirá también halagado el país, y en su concepto quedará mitigado el dolor



Mourir en son fin

*N'ayant pas pu mourir
au milieu de mes braves
il m'en reste qui se remette
mon épée entre les mains de
Vostre Majesté*

Je suis de votre Majesté!

Le bon fin

Napoléon

Sedan le 2 Sept. 1870

Facsimile de la carta dirigida por el emperador Napoleón III al rey Guillermo después de la batalla de Sedan

de la derrota; de suerte que una paz hecha en tales condiciones tendrá probabilidad de duración, porque su manera generosa de proceder habrá abierto la puerta á los sentimientos de amistad y fraternidad que deben existir entre dos grandes naciones vecinas y que usted no puede menos de anhelar también. Si usted, por el contrario, insiste en sus medidas de rigor contra nosotros, encenderá odio é ira en cada pecho de soldado; el pundonor de toda la nación quedará irremisiblemente herido, porque la nación se sentirá unida con el ejército, con el cual compartirá los mismos sentimientos. Usted volverá á despertar todos los malos instintos que el progreso de la civilización había adormecido y encenderá una guerra sin fin entre la Francia y la Prusia.»

Esta observación última fué la que esperaba Bismarck, porque conocía por una experiencia de largos años el valor de lo que se había llamado en 1815 *las garantías morales*; conocía cuán inextinguibles eran la concupiscencia de los franceses y sus deseos de venganza, y aunque había reprimido la expresión de estas convicciones hasta entonces, en aquella ocasión las dió á conocer en un discurso improvisado brillantísimo, como jamás se había pronunciado en una reunión tan limitada. «La conclusión de usted, mi general, dijo, parece á primera vista convincente, pero en realidad es engañosa y no resiste al exámen. En general debe contarse muy poco con el agradecimiento, y hablando de una nación no hay que contar en absoluto con él; puede fiarse del agradecimiento de un soberano y acaso del de su familia, y según las circunstancias hasta con seguridad; pero, repito, no debe esperarse nada del agradecimiento de una nación. Si el pueblo francés fuese como otros pueblos; si tuviese instituciones sólidas; si, como el nuestro, respetase y venerase estas instituciones; si tuviese un soberano firmemente sentado en su trono, podríamos tener confianza en la gratitud del emperador y en la de su hijo; pero en Francia los gobiernos son tan poco duraderos de ochenta años á esta parte, se han variado tantas veces y han pasado por tantas vicisitudes imprevistas, que en este país no hay que contar con nada sólido; y si una nación vecina pusiera su esperanza en la amistad de un soberano de Francia cometería una necedad y no haría más que formar castillos en el aire. Por lo demás, sería no tener juicio creer que la Francia pueda ja-

más perdonarnos nuestros triunfos. Ustedes son una nación excitable, envidiosa, celosa y demasiado soberbia. Desde hace dos siglos la Francia ha declarado la guerra treinta veces á la Prusia, quiero decir á la Alemania, y esta vez nos han declarado ustedes la guerra como siempre, impulsados por los celos, porque ustedes no podían perdonarnos nuestra victoria de Sadowa. Nada les costó á ustedes esta victoria ni tampoco pudo menguar su propia gloria; pero á ustedes les pareció que la victoria era patrimonio suyo y que nadie mas tenía derecho á ella; ustedes creían que la gloria de las armas era un monopolio suyo; ustedes no pudieron sufrir que á su lado se levantara una nación tan fuerte como Francia. En Sadowa no estaban en juego ni sus intereses ni su gloria, y sin embargo no nos lo han perdonado, y ahora